

La Guerra del Pacífico, la cuestión indígena y los intelectuales del XIX

RUTH CAVALCANTE NEIVA

Universidade Federal do Espírito Santo, Brasil

donaruth26@hotmail.com

RESUMEN

La Guerra del Pacífico (1879-1884) fue un conflicto bélico que involucró a Chile, Perú y Bolivia. El objetivo de este artículo consiste en reflexionar sobre las consecuencias de este enfrentamiento para el Estado peruano. Para ello, analizamos dos fuentes históricas que fueron producidas por intelectuales que tomaron las armas y lucharon en batallas: *Cartas a Piérola sobre la ocupación chilena de Lima* (entre 1880 y 1889), de Ricardo Palma y *Discurso en el Politeama* (1888), de Manuel González Prada. El primero afirmó que la razón del fracaso de Perú en la lucha beligerante contra los chilenos se debió a que el país tiene una población indígena masivamente, considerada inferior e inútil; mientras que el segundo manifestó que la razón del fiasco de la guerra se debió precisamente a que los indios fueron subordinados y tratados como sirvientes, y no como ciudadanos de la República Peruana. Este trabajo reflexiona sobre estas dos perspectivas distintas y demuestra cuánto la cuestión indígena fue un tema importante, en el contexto de fines del siglo XIX, para discutir las razones de la derrota del Perú en la Guerra del Pacífico.

PALABRAS CLAVE: Peru; Guerra del Pacífico; Indios; Ricardo Palma; González Prada.

The War of the Pacific, the indigenous question and the intellectuals of the 19th century

ABSTRACT

The War of the Pacific (1879-1884) was a warlike conflict that involved Chile, Peru and Bolivia. The objective of this article is to reflect on the consequences of this confrontation for the Peruvian State. To do this, we analyze two historical sources that were produced by intellectuals who took up arms and fought in battles: Letters to Piérola on the Chilean occupation of Lima (between 1880 and 1889), by Ricardo Palma and Discusso en el Politeama (1888), by Manuel Gonzalez Prada. The first stated that the reason for Peru's failure in the belligerent fight against the Chileans was due to the fact that the country has a massively indigenous population, considered inferior and useless; while the second stated that the reason for the fiasco of the war was due precisely to the fact that the Indians were subordinated and treated as servants, and not as citizens of the Peruvian Republic. This paper reflects on these two different perspectives and demonstrates how important the indigenous issue was, in the context of the late 19th century, to discuss the reasons for Peru's defeat in the War of the Pacific.

KEYWORDS: Peru; Pacific War; Indians; Ricardo Palma; González Prada.

1. Introducción

Este trabajo reflexiona sobre cómo la cuestión indígena fue un tema importante para que la intelectualidad peruana de fines del siglo XIX pensara las causas de la derrota del Perú en la Guerra del Pacífico (1879-1884). En este artículo presentamos de manera panorámica cuáles fueron las motivaciones del conflicto, cuáles fueron las consecuencias de este hecho para el Estado peruano y cómo personajes que lucharon en la guerra, como Ricardo Palma, Andrés Cáceres y Manuel González Prada pensaron sobre el papel del indio en la guerra contra los chilenos. Para ello recurrimos al análisis de fuentes históricas

producidas por estos personajes, con especial énfasis en el escrito *Discurso en el Politeama* (1888), de González Prada.

En el contexto del siglo XIX, la mayoría de la población peruana estaba compuesta por pueblos indígenas. Sin embargo, estos sectores fueron excluidos de participar en la vida política del país, sufrieron la aguda explotación de su trabajo y no recibieron ningún beneficio de las políticas públicas dirigidas a su bienestar social.

Es importante señalar que no podemos pensar en los indios peruanos como si fueran un bloque unitario con la misma lengua, cultura, sistema de creencias y valores. En el siglo XIX había una pluralidad de pueblos indígenas en el Perú. Los principales grupos étnicos¹ que residieron en la región y que, no pocas veces, mantuvieron relaciones conflictivas entre sí, fueron los quechuas (descendientes de los incas que se concentraron en la región que actualmente corresponde a Cusco y sus alrededores), los de origen “aimará” (del altiplano cercano al lago Titicaca) y grupos amazónicos (conjunto de sociedades heterogéneas en la localidad que corresponde a la actual selva amazónica peruana). Pensar cómo los pueblos indígenas del Perú participaron en la guerra contra Chile y cómo la intelectualidad peruana interpretó este proceso es todavía una faceta poco explorada por la historiografía. Por ello, este estudio reflexiona sobre esta problemática con el fin de aportar mayores esclarecimientos sobre la participación del Perú en la Guerra del Pacífico.

2. El conflicto entre Perú, Bolivia y Chile

En 1878, el gobierno boliviano decidió aumentar los impuestos a las empresas chilenas que exploraban salitre y otros recursos minerales en su territorio. El impuesto que Bolivia comenzó a exigir fue moderado, en la cantidad de 10 centavos por cada yarda de salitre explotada en el área de su dominio. Sin embargo, este nuevo cargo rompió con un convenio tributario establecido con empresas chilenas (Contreras y Cueto, 2007, p. 162).

Bolivia y Chile habían firmado un convenio denominado Tratado de Límites, en el que ambos países se comprometían a compartir, hasta 1899, los ingresos provenientes de “los impuestos sobre la explotación de los metales extraídos de la llamada zona de mutuo beneficio, que comprendía la región entre los paralelos 23°S y 25°S” (Heinsfeld, 2016, p. 3). En ese Tratado:

Queda fijada la frontera entre Chile y Bolivia en el paralelo 24 sur. Este paralelo era la región intermedia entre las aspiraciones de estos países. También se definió que entre los paralelos 23 y 25 se instalaría una Zona Económica Compartida, donde todos los

¹ Joan Davidson nos ilustra sobre el concepto de etnicidad. Según el autor, la raíz de las palabras etnia/etnicidad proviene del griego ethnos, que significa pueblo o nación. En el Antiguo Testamento, el griego ethnos significa los bárbaros, los “otros”; siendo una traducción directa del hebreo goyim. La palabra inglesa “étnico” se utilizó por primera vez en el sentido de “inverso”. En el siglo XIX, cuando se aceptaba casi universalmente una visión biológica de las divisiones raciales, “étnico” se refería a la raza. A medida que la visión biológica de la “variación humana” se debilitó en el siglo XX, los términos “étnico” y “grupos étnicos” pasaron a referirse más al idioma y la cultura, aunque todavía estaban relacionados con factores de descendencia y herencia. A partir de la década de 1970, el concepto de etnicidad pasó a ser ampliamente utilizado por autores que escribieron sobre nacionalismo y críticos poscolonialistas. Desde entonces, se ha dedicado mucho esfuerzo a encontrar una definición de lo que constituye una etnicidad. Las definiciones del término han variado en complejidad y precisión. Sin embargo, los principales elementos en común se refieren al “sentido de pueblo”, en el que la etnicidad constituye una interacción autoconsciente de identidad por parte del “pueblo” involucrado y sus criterios definitorios fundamentales son lingüísticos y culturales (Davidson, 2011, p. 238).

impuestos de la actividad minera se dividirían entre Chile y Bolivia, y esta última seguiría reconociendo las inversiones chilenas en la región (Canaveze, 2010, p. 28).

En el Tratado de Límites, “el gobierno boliviano se comprometió a no crear nuevos impuestos y a eximir de cualquier ajuste tributario al capital industrial chileno ubicado entre los paralelos 23 y 24” (Canaveze, 2010, p. 32). El detonante de la Guerra del Pacífico se dio cuando empresarios chilenos, con el apoyo de los ingleses que habían invertido capital en sus empresas, se negaron a pagar los nuevos cargos exigidos por Bolivia, alegando que los bolivianos estaban incumpliendo el convenio tributario establecido por el Tratado de Límites. Ante la admonición y advertencia del gobierno boliviano, sumado a la amenaza y el intento de expropiación y nacionalización de las empresas salitreras chilenas, Chile envió fuerzas armadas a ocupar las costas bolivianas. Ante la situación de invasión militar y afrenta chilena a su soberanía nacional, Bolivia recurrió al Tratado de Alianza Defensiva que había firmado con Perú en 1873 (Bonilla, 1982, pp. 131-132).

El Tratado de Alianza Defensiva fue pactado en secreto entre Perú y Bolivia, en el que ambos países acordaron unir fuerzas militares en caso de que uno de ellos sufriera una agresión externa. El TAD fue orquestado, sobre todo, para contener el expansionismo chileno en la región del Desierto de Atacama, rica en recursos minerales. El objetivo de tal alianza era buscar preservar la integridad territorial de Bolivia y Perú, así como asegurar la independencia, autonomía y soberanía de estas naciones en caso de sufrir alguna amenaza o ataque. Bolivia y Perú también intentaron convencer a Argentina de unirse a la TAD, ya que los argentinos enfrentaban una crisis diplomática con los chilenos que querían apoderarse del territorio de la Patagonia. Sin embargo, Argentina se negó a sumarse a esta alianza (Canaveze, 2010, pp. 31-38).

Cuando las fuerzas armadas chilenas ocuparon territorio boliviano, el gobierno de Perú cumplió con el Tratado de Alianza Defensiva de 1873 y declaró la guerra a los chilenos. El Estado peruano temía los ataques expansionistas que Chile estaba realizando en las regiones ubicadas en la Costa del Pacífico, temiendo que su territorio, tarde o temprano, también fuera invadido. Las consecuencias de este conflicto fueron traumáticas, sobre todo, para peruanos y bolivianos. Miles de vidas fueron arrebatadas y parte de los territorios de Perú y Bolivia, ricos en recursos naturales y minerales, fueron tomados y anexionados al Estado chileno, vencedor de la guerra².

Sólo Chile salió fortalecido de este enfrentamiento, pues “el país ganó un aumento sustancial de territorios y se apoderó de los yacimientos de guano y salitre, lo que dinamizaría su economía durante cuarenta años” (Bechelli, 2005, p. 361), al mismo tiempo mientras que Perú perdió la región de Tarapacá y cedió la administración de las

² Santarosa explica que al comienzo del conflicto era difícil prever su desenlace, ya que “ambos bandos tenían, hipotéticamente, ciertas ventajas y debilidades. Perú y Bolivia tenían mayor población y tamaño, lo que se reflejaba en ejércitos numéricamente superiores. Sin embargo, Bolivia prácticamente no tenía marina de guerra. De hecho, la ventaja naval sería crucial. Aseguraría a Chile, después de las batallas marítimas en Iquique (21 de mayo de 1879), cuando se hundió el *Independencia* (barco peruano), y en Angamos (8 de octubre de 1879), cuando se capturó el *Huáscar* (barco peruano), el dominio total de las costas del Pacífico Sur hasta el final de la guerra. A partir de entonces, el conflicto se limitó a campañas terrestres, apoyadas por crecientes desembarcos de tropas chilenas, que paulatinamente fueron afianzando el control de porciones de territorio, cada vez más al norte, lo que permitió dividir la etapa terrestre de la guerra en tres fases, según la parte territorial conquistada por Chile a los aliados peruano y boliviano: campaña de Tarapacá (octubre-noviembre de 1879); campaña de Tacna y Arica (junio de 1880); y campaña de Lima (diciembre de 1880-enero de 1881). A esto siguió la ocupación efectiva del Perú, especialmente en la costa, durante casi tres años, hasta la firma del Tratado de Ancón, en octubre de 1883” (Santarosa, 2002. pp. 94-95).

provincias de Tacna y Arica a los chilenos. Bolivia, a su vez, fue despojada de la importantísima provincia de Antofagasta, que era la única localidad de su territorio que tenía salida al Océano Pacífico y, hasta el día de hoy, el Estado boliviano sigue sin salida soberana al mar y sigue reclamando que se devuelva Antofagasta.

En el caso de Perú³, en 1879, las tropas chilenas ocuparon Tarapacá y bloquearon parte de los puertos del país, impidiendo la exportación de los principales productos (guano, salitre y azúcar), desestabilizando consecuentemente la economía peruana. Al mismo tiempo, la política interna entró en caos cuando el presidente de la república, Mariano Ignacio Prado, en un acto de desesperación ante la invasión chilena, huyó a Europa con la excusa de buscar nuevos préstamos para sostener el esfuerzo bélico. Ante la desertión del “jefe del Estado”, el aristócrata limeño Nicolás de Pierola, con el apoyo de los militares, asumió la presidencia. Sin embargo, defender la soberanía del Perú durante los duros años de la guerra se convirtió en una tarea agotadora, pues a principios de la década de 1880, las provincias de Tacna y Arica fueron tomadas por soldados enemigos y, en septiembre del mismo año, la costa norte fue ocupada por las fuerzas chilenas (Cataneli, 2009, p. 32).

Tropas y civiles peruanos resistieron la invasión de su territorio, destacando la campaña naval encabezada por Miguel Grau⁴, quien en la posguerra fue declarado héroe nacional⁵, y las cruentas batallas de San Francisco, Tarapacá, Tacna, San Juan y Miraflores. Sin embargo, las fuerzas peruanas fueron derrotadas y los chilenos emprendieron una ocupación armada en varios puntos estratégicos del país. El hecho más dramático y violento del conflicto fue cuando, en 1881, los chilenos, con el apoyo de los

³ En el caso de Bolivia, según Santarosa, el hecho más traumático de la guerra fue cuando el 14 de febrero de 1879 soldados chilenos desembarcaron en Antofagasta, tomándola sin dificultad. El alegato chileno fue que, al incumplir Bolivia con el Tratado de 1874, sus disposiciones fronterizas se derogaron, restaurando las del Tratado anterior de 1866, que otorgaba a Chile el condominio sobre los recursos naturales hasta el paralelo 23. Por lo tanto, según la sentencia chilena, la ocupación fue legítima y tuvo como único objetivo garantizar los derechos nacionales previstos en este último instrumento (Santarosa, 2002, pp. 94-95).

⁴ En Perú, uno de los grandes impulsores de la mitificación y heroización de Grau como héroe nacional fue Manuel González Prada en el escrito titulado *Grau*. “Hay momentos en que todo pueblo se personifica en un solo individuo: Grecia en Alejandro, Roma en César, España en Carlos V, Inglaterra en Cromwell, Francia en Napoleón, América en Bolívar. El Perú no era Prado, La Puerta ni Pierola era Grau. Cuando Huáscar zarpaba de algún puerto en busca de aventuras, siempre arriesgadas, todos lo seguían con las alas del corazón, todos estaban con él. Nadie ignoraba que el triunfo era imposible, dada la superioridad de la escuadra chilena, pero el orgullo nacional se sintió halagado al ver a un jinete caminando desde los mares en Huáscar, imagen del famoso paladín que no contaba a sus enemigos antes de la pelea. porque esperaba darlos por vencidos o muertos [...] Grau, como la flor de sus virtudes, trascendía la resignación: nadie sabía más del peligro, y marchaba con los ojos abiertos, con la serenidad en el rostro. Mientras tanto, nada cómico en el estudio: personificaba la naturalidad. Cuando veía su rostro leal y abierto, cuando su mano era áspera y tranquila, se sentía que la sangre brotaba de un corazón noble y generoso [...] En el combate homérico del uno contra el siete, Grau podía rendirse al enemigo; pero entendí que por voluntad nacional estaba condenado a muerte, que sus compatriotas en el habrían sido indultados y rogando por su vida en la balanza de las misiones vencedoras [...] Sin Grau en la Punta de Angamos, sin Bolognesi en el Morro Arica ¿tendríamos derecho de llamarnos nación?” (González Prada, 2004, pp. 59-63).

⁵ En el contexto de la Guerra del Pacífico, la figura de Miguel Grau era elogiada como el hombre de corazón valiente que defendía la patria peruana. Perdió la vida en un enfrentamiento naval con los chilenos y su sacrificio impulsó un culto cívico en torno a su imagen. Miguel Grau se ha convertido en un símbolo de resistencia. José Murilo de Carvalho nos explica que los héroes son símbolos poderosos, encarnaciones de ideas y aspiraciones, puntos de referencia y fulcros de identificación colectiva. Son instrumentos eficaces para llegar a la cabeza y al corazón de los ciudadanos al servicio de la legitimación de los regímenes políticos y, héroe que se precie, debe tener el rostro de la nación. Tiene que responder a alguna necesidad o aspiración colectiva, reflejar algún tipo de personalidad o comportamiento que corresponda a un modelo valorado colectivamente (Carvalho, 1990, p. 55).

ingleses invadieron la ciudad de Lima con un ejército de 26.000 hombres, sitiándola durante tres años (Santarosa, 2002, p. 83).

Fue el jurista Francisco García Calderón quien logró firmar un acuerdo de paz con Chile, otorgando territorios y permitiendo que empresas chilenas explotaran guano y salitre peruano para reembolsar a sus oponentes los costos de la guerra. Esto significa que el daño económico derivado del enfrentamiento fue muy alto para el Perú. El país literalmente quebró. Sólo después de este acuerdo articulado por Calderón, los chilenos desocuparon y devolvieron Lima a las autoridades peruanas (Bonilla, 1982, pp. 130-138).

Ricardo Palma, en marzo de 1881, informa sobre el instinto de aniquilamiento y rapiña que expresaron los chilenos cuando se apoderaron y tomaron la capital:

Hace diez días que el saqueo se ha hecho extensivo a los museos Raimondi y anatómico de la escuela de Medicina, instrumentos de la escuela de Minas, biblioteca de la universidad y biblioteca pública, sin que esos cabaleros que dicen que van a ser gobierno hayan dado el menor paso para contener tamaño vandalaje. Los muebles de las oficinas de palacio desaparecen y los archivos de relaciones exteriores y hacienda se encajonan para ser transportados a Chile (Palma, 1979, p. 27).

Las fuerzas invasoras saquearon y transportaron a los museos, archivos, bibliotecas y universidades de Chile lo que pudieron del patrimonio artístico, histórico y literario peruano, como lo ejemplifica el caso del despojo de la estructura y la confiscación de los libros y muebles de la Biblioteca Nacional. En su momento, fue el más importante del Perú y uno de los más antiguos y ricos del continente americano, incluyendo una colección de manuscritos, libros y cartas de inestimable valor histórico. Sin embargo, de los 58.000 ejemplares que tenía antes de la guerra de 1879, después de la invasión sólo quedan 783 obras (Vargas Ugarte, 1979, pp. 12-15). Luego de que los chilenos desalojaran la capital, Ricardo Palma asumió como director de la Biblioteca Nacional en 1884. En ese contexto, se ganó el apodo de “bibliotecario mendigo”, ya que aceptó dirigir una biblioteca que quedó en ruinas y pasó muchos años promoviendo recopilación de libros, para recuperar parcialmente la colección de la BNP.

En su contemporaneidad, Ricardo Palma fue una figura muy reconocida, convirtiéndose en uno de los escritores más respetados y leídos del Perú. Además, fue uno de los directores del Clube Literário, asociación que reunía a las principales personalidades del ambiente artístico, literario e intelectual de Lima (Cataneli, 2009, p. 41).

Otro intelectual de nuestro interés que también participó en el conflicto fue Manuel González Prada (1844-1918). En la guerra se convirtió en oficial de reserva; tomó las armas y luchó directamente contra el ejército invasor chileno. Sin embargo, cuando Lima cayó y fue sitiada, González Prada se encerró por su propia voluntad en una de las haciendas de su familia, negándose a tener contacto con los chilenos.

Me encerré y no salí de mi casa ni me asomé a la calle mientras los chilenos ocupaban Lima. Cuando supe que la habían abandonado, quise dar una vuelta por la ciudad. Pues bien, a unos cincuenta metros de mi casa me encontré con un oficial chileno: había sido mi condiscípulo, mi mejor amigo en un colegio en Valparaíso. Al verme, iluminó su cara de regocijo, abrió los brazos y se dirigió a mí con intención de estrecharme. Yo seguí mi camino como si no lo hubiera reconocido (González Prada, 2009, p. 324).

El rencor y resentimiento de González Prada hacia los chilenos duró toda su vida, al punto de escribir, en 1888, uno de los escritos de mayor impacto en la sociedad peruana de fines del siglo XIX: *Discurso en el Politeama*.

Discurso en el Politeama es ante todo un llamado a la venganza. González Prada argumentó que debe mantenerse viva en la memoria de los peruanos toda la brutalidad, rapiña y humillación que los chilenos le impusieron al Perú. Su discurso fomentó, por un lado, el desarrollo del espíritu del patriotismo peruano y, por otro lado, instigó el revanchismo en relación con Chile. “Espero que cada una de mis palabras se convierta en una realidad que repercuta en el corazón de todos los peruanos y despierte los sentimientos capaces de regenerarnos y salvarnos: ¡el amor a la patria y el odio a Chile!” (González Prada, 1977, pp. 26-27).

González Prada acusó al país vecino de haber mutilado el territorio nacional peruano. En ese sentido, incitó a la juventud peruana a la venganza y represalia contra los chilenos. De esta forma, el intelectual propagó discursos de odio y venganza contra Chile. “Lancemos una chispa que se encienda en el corazón del pueblo y el fuego para amar con firmeza todo lo que se debe amar, y para odiar con firmeza todo lo que se debe odiar” (González Prada, 1977, p. 26).

Tanto Ricardo Palma como González Prada fueron intelectuales muy destacados y reconocidos en el Perú republicano a finales del siglo XIX y principios del XX. Los dos arriesgaron sus vidas al tomar las armas para defender el territorio peruano contra los chilenos. Por ello, este artículo reflexiona sobre las razones que llevaron a estos hombres que participaron directamente en el conflicto a establecer correlaciones entre el problema del indio y las causas de la derrota del Perú en la Guerra del Pacífico.

3. El problema indígena en tiempos de guerra

La obra de Ricardo Palma, titulada *Cartas a Pierola sobre la ocupación chilena de Lima*, reunió un conjunto de correspondencias, enviadas entre 1880 y 1889, que Palma envió al presidente de Perú, José Nicolás de Pierola, en el contexto de la guerra. contra Chile y también tras el retiro de las tropas enemigas del país. En una carta al presidente Pierola, describió lo siguiente en relación a su resistencia contra los chilenos:

Mi salud sigue achacosa, que me siento muy débil por consecuencia de la mucha sangre perdida en el maltrato de que fui víctima, busco la manera de dejar recursos a mi familia. En el incendio de Miraflores perdí mi modesto rancho, mi curiosa biblioteca americana de más de tres mil volúmenes, formada no con poco gasto en veinticinco años de constante afán, mis muebles y cuanto poseía, salvando mi esposa y niños con lo encapillado. A pesar de todo, días más, días menos, tan luego como apunto fijo sepa cuál es el lugar que usted elige para organizar la resistencia, cumpliré con lo que me ordenan mi corazón y mi consciencia (Palma, 1979, p. 20).

Para el intelectual, que luchó y se alzó en armas para defender la capital y tuvo su casa incendiada por las fuerzas de ocupación durante la batalla de Miraflores, una de las principales causas de la derrota peruana en la guerra:

[...] está en que la mayoría del Perú la forma una raza abyecta y degradada, que usted quiso dignificar y ennoblecer. El indio no tiene el sentimiento de la patria; es enemigo nato de blanco y de hombre de la costa y, señor por señor, tanto le da ser chileno como turco. Así me explico que batallones enteros hubieron arrojado sus armas en San Juan, sin quemar una cápsula. Educar al indio, inspirarle patriotismo, será obra no de las instituciones sino de los tiempos (Palma, 1979, p. 20).

Esta cita anterior fue tomada de una carta que Ricardo Palma envió al presidente Piérola en febrero de 1881. Para el intelectual, el fracaso y la derrota del Perú en la guerra contra Chile se dio porque el territorio estaba habitado en su mayoría por indígenas, considerados como una raza abyecta, que a duras penas luchó por defender su patria contra los invasores. Nos dimos cuenta de que Palma, influenciado por las ideas

dominantes del siglo XIX, basadas en la perspectiva del darwinismo social, veía a los indios como seres inferiores.

En el contexto de mediados del siglo XIX y principios del XX, intelectuales y sectores destacados latinoamericanos absorbieron ideas racistas⁶ de Europa, reproducirlos y readaptarlos según sus intereses. En este escenario, el concepto de raza migró de las Ciencias Naturales a las Ciencias Humanas y pasó a ser pensado a partir de la idea de la existencia de herencias físicas permanentes entre los diversos grupos humanos. En otras palabras, surgieron varias teorías racialistas que comenzaron a establecer correlaciones estrictas entre la herencia genética, las inclinaciones morales y las aptitudes intelectuales (Schwarcz apud Cavalcante, 2015, pp. 73-75). El conocimiento de las Ciencias comenzó a ser utilizado, sobre todo, por individuos que apoyaban las concepciones del darwinismo social, para legitimar las desigualdades sociales y la jerarquización entre los seres humanos.

Gonzalo Portocarrero cree que el racismo fue una ideología que sirvió de base de legitimidad a las oligarquías dominantes para perpetuar la exclusión política de los indígenas y otras razas consideradas inferiores en el escenario histórico en cuestión. Esto porque el racismo fortaleció el sentimiento de superioridad de las élites, justificando la exclusión de la mayoría de la población de participar en las discusiones públicas y decisiones políticas y, al mismo tiempo, reclamando privilegios y derechos especiales a los miembros de la clase alta.

Creemos que el pensamiento de Ricardo Palma en relación a los indios estuvo marcado por el paradigma de las ideas prejuiciosas. El intelectual absorbió un conjunto de teorías de Europa y Estados Unidos que predicaban que existía una jerarquía entre las razas de la especie humana y que el hombre blanco estaba en lo más alto de la escala

⁶ “Nicola Mattiucci afirma que el término racismo se refiere al comportamiento del individuo en relación con la raza a la que pertenece y también se refiere al uso político de resultados aparentemente científicos para legitimar la creencia de que existe una superioridad de una determinada raza sobre otras. Para el autor, el racismo es un fenómeno tan antiguo como la política, en la medida en que es capaz de fortalecer a un grupo social frente a un enemigo real o supuesto. También, cree que el racismo fue el resultado del encuentro de tres corrientes de pensamiento: el nacionalismo; el “estudio científico” de las razas; y una actitud mística en la política. La ideología nacionalista de finales del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX creía que las naciones eran superiores a las demás. En este sentido, el imperialismo, que justificó el dominio colonial, dio un ímpetu inmenso a la difusión de teorías racistas” (Cavalcante, 2015. p. 77). También podemos decir que, “a finales del siglo XVIII, con el avance de las ciencias naturales fomentado por la Ilustración, comenzó a tenderse la clasificación de las razas humanas, basándose en el estudio del cráneo (frenología) o del rostro (fisonomía): de ahí una definición de la psicología de las diversas razas, el paso fue muy corto, como también fue fácil establecer una jerarquía entre ellas, poniendo la raza blanca primero, la raza negra al final y la raza amarilla en el medio. El negro sería perezoso, indolente, caprichoso, sensual, incapaz de razonar; por esto se le coloca al lado del reino animal. La raza amarilla no tendría imaginación, sería materialista, capaz de realizarse apenas en el comercio y los negocios, entregada exclusivamente a los intereses materiales. La raza blanca -o mejor, aria- poseería cualidades de las que carecen las otras dos: sería una raza superior, porque sus cualidades son superiores a la sensualidad de los negros y al materialismo de los amarillos. Además, estas simplificaciones psicológicas, este estudio del hombre natural incide en el racismo por el estereotipo que formula, influido por el mito griego: la raza blanca es bella. De ahí el apelativo que más tarde se dirigiría a negros o judíos: “puerco”, “feo”. Este concepto materialista se desarrolló en el siglo XIX, tanto como la teoría de la herencia de los biólogos raciales, así como la libre interpretación del pensamiento de Darwin: la selección natural, que permite la supervivencia de quienes se adaptan al medio, se convierte en la supervivencia de la raza favorecida por factores hereditarios. Estas “teorías científicas” dan lugar a prácticas que luego serán utilizadas por la política racista: la eugenesia (o higiene racial) que servirá para combatir la degeneración racial y mejorar la calidad de la raza, para hacerla más pura. En el racismo, el peligro de la mezcla de razas se convierte en una obsesión” (Mattiucci, 2000, pp. 1060-1061).

evolutiva. A partir de la recepción de estas creencias y la adecuación de las mismas a la realidad nacional, Palma contribuyó a forjar representaciones sociales negativas sobre los indígenas, ubicándolos en el papel de seres atrasados y rudimentarios, justificando así toda la política social, económica y de subalternización social a que los indios fueron sometidos. Por otro lado, vio a los criollos como más desarrollados y capaces de gobernar el país.

Con relación a la guerra, la pregunta que nos planteamos es: si la mayoría de los indios no eran tratados como ciudadanos de la República y vivían en una sociedad que los marginaba y excluía, ¿por qué los indios lucharían por un Estado que, en la práctica, nunca los acogió? Palma condenó la actitud de los indios por no tener sentimientos de lealtad y patriotismo hacia la nación peruana, pero calificándolos de seres degradados y abyectos, además de insinuar que eran cobardes y enemigos de los hombres blancos de la costa, el intelectual lo hizo claro que no los veía como iguales, sino como individuos inferiores. Palma exigió una postura patriótica a los indios, pero él mismo no los veía como sus compatriotas.

Ricardo Palma expresó la mentalidad de los sectores dominantes peruanos. Humillados por el fracaso de la guerra contra los chilenos, los grupos dirigentes del país no quisieron asumir la responsabilidad por la derrota en la guerra. Así, descargaron su frustración con la población, especialmente con los indígenas y mestizos, culpándolos del fiasco de Perú en el enfrentamiento contra Chile (Bechelli, 2005, p. 361).

En el escenario de la Guerra del Pacífico, los puestos de mando de la jerarquía militar estaban ocupados por criollos y las bases de las tropas peruanas estaban compuestas, sobre todo, por indígenas (hombres que, en su mayoría, estaban acostumbrados a trabajar en los campos), y también por mestizos. A los chilenos les resultó relativamente fácil, con su superioridad militar y ejércitos experimentados y bien entrenados,⁷ derrotar a las fuerzas de resistencia peruana, ya que buena parte de las tropas peruanas no recibieron el entrenamiento militar adecuado para emprender la acción de defensa de la patria, como señala Manuel González Prada, en el escrito *Impresiones de un reservista*:

Los pocos dispersos recogidos y llevados al Pino ofrecían un aspecto lamentable. Algunos pobres indios de la Sierra (morochucos, según dijeron) llevaban rifles nuevos, sin estrenar; pero de tal modo ignoraban su manejo que pretendían meter la cápsula por la boca del arma. Un coronel de ejército se lanzó a prodigarles mojicones, tratándoles de indios imbéciles y cobardes. Le manifesté que esos infelices merecían compasión en lugar de golpes. No me escuchó y quiso seguir castigándoles (González Prada, 2009, p. 322).

El estado peruano decidió entrar en guerra sin estar preparado para ello. “Caímos porque Chile, que vela mientras el Perú duerme, nos sorprendió pobres i sin crédito, desprevenidos i mal armados, sin ejército ni marina” (González Prada, 2004, p. 17). Los ejércitos de Perú, a pesar de ser numéricamente superiores a los de Chile, recibieron un entrenamiento militar improvisado. De esta forma, los indios que fueron reclutados obligatoriamente para actuar en el enfrentamiento se convirtieron en carne de cañón.

Nelson Manrique llamó la atención sobre el hecho de que, desde un punto de vista militar tradicional, los peruanos fueron derrotados en la guerra con la toma de Lima por

⁷ Santarosa explica que las fuerzas armadas chilenas estaban mejor organizadas y acostumbradas al combate -en la década de 1870 aún continuaban las campañas contra los mapuches en la Araucanía- y, sobre todo, su armada contaba con mejores medios, dotados de una potencia de fuego superior. Chile había adquirido recientemente en Inglaterra los blindados Cochrane y Blanco Encalada, muy superiores a los blindados peruanos Huáscar e Independencia, de la década de 1850 (Santarosa, 2002, pp. 94-95).

el ejército chileno. Sin embargo, el autor afirma que el conflicto se prolongó durante años, pues las regiones de la sierra central y la sierra norte nunca se rindieron y enfrentaron el avance de las campañas chilenas, logrando impedir la ocupación y apoderándose de puestos administrativos (Manrique, 1981, pp. 4-12).

Bajo el liderazgo del Mariscal Andrés Cáceres (1836-1923), los indígenas de estas localidades realizaron una guerra de guerrillas, buscando “oponer al invasor la mayor resistencia posible, aprovechando los obstáculos naturales y tratando de comprender al enemigo, que después de nuestros desastres, el Perú está bastante terrible para cualquiera que quiera humillarlo” (Cáceres, 1921, p. 155).

Cáceres, además de organizar y comandar un ejército regular de resistencia en los Andes, también lideró una lucha armada formada por grupos guerrilleros indígenas que actuaron mediante emboscadas y ataques sorpresa. Estas guerrillas indígenas lograron algunas victorias sobre el ejército chileno, como en el departamento de Junín (Manrique, 1981, pp. 4-12). Sin embargo, no todas las comunidades indígenas de las montañas andinas estuvieron involucradas en la guerra. Contreras y Cueto aseguran que parte de las comunidades buscaron mantenerse al margen del conflicto debido a los pocos vínculos establecidos con la naciente nación.

Sesenta años de vida independiente no habían servido para soldar vínculos nacionales en el Perú, manteniéndose el país como un conglomerado disperso de grupos étnicos. No éramos una nación, sino apenas “un territorio habitado” apostrofó ácidamente Manuel González Prada. Este planteamiento se vería corroborado por el hecho de que los oficiales chilenos recibieron órdenes de su comando de no molestar a los grupos indígenas, haciéndoles entender que la guerra no era con ellos (Contreras y Cueto, 2007, p. 171).

Para Manrique, la razón por la que varias comunidades indígenas, especialmente las de la sierra sur, no actuaron militarmente a favor del Estado peruano fue porque esta era la región del país donde reinaba con más violencia el imperio del gamonalismo, en el que los indios habían sido despojados de sus tierras comunales y sometidos a un brutal régimen de servidumbre (Manrique, 1981, p. 376). En la sierra norte y central, donde el avance de las haciendas no era tan ostensible, los indígenas que trabajaban en sus bienes comunales participaban más activamente en la guerrilla, y lo hacían de manera voluntaria, eligiendo democráticamente a los jefes locales que expresaban su interés inmediato y intereses personales, como la defensa de su territorio, su familia y sus bienes frente a las fuerzas de ocupación chilenas (Manrique, 1981, pp. 4-12).

El principal reclamo de los guerrilleros indígenas giraba en torno a la protección de sus tierras. En el contexto de la guerra, en ningún momento los indígenas reclamaron su acceso a la sociedad política peruana. Esta pregunta estaba más allá de su horizonte de expectativas. No reclamaban sus derechos y su incorporación a la sociedad nacional, sino que su acción buscaba consolidar la autarquía de las comunidades, de acuerdo con la tradicional utopía campesina que pretendía garantizar el bienestar, la protección y la prosperidad de todos los comuneros. (Manrique, 1981, p.384).

En el escenario de la posguerra, la imagen de Andrés Cáceres fue heroicizada y mitificada y se convirtió en un símbolo de resistencia y lucha, siendo elegido presidente del Perú entre 1886 y 1890. Sin embargo, como jefe de Estado demostró ser muy autoritario, siendo “un buen militar, pero un mal gobernante, pues Cáceres una vez en el poder se convierte en Dictador, aplicando una exagerada e innecesaria fuerza y violencia, en un país exhausto de ella, por lo recién acontecido” (Fiorino, 2015, p. 15).

Es relevante demarcar cómo se dio esta relación entre Cáceres y la guerrilla indígena. El soldado conocía muy bien las características y particularidades de la sierra y

del mundo indígena. Tenía sangre india en las venas de su familia materna y desde temprana edad aprendió a hablar quechua con fluidez, conociendo las tradiciones y costumbres nativas (Plasencia, 2005, pp. 47-58). El siguiente relato revela la forma en que Cáceres se comunicaba y relacionaba con los indios durante sus campañas militares de resistencia contra los chilenos:

Un día llegó a mi campamento de Andahuaylas un indiecito, armado con su rejón, en mi busca, mandado por las comunidades de Ayacucho. Encontrábame en la puerta de la comandancia con algunos jefes, cuando se me acercó el indiecito y, expresando su sorpresa al verme, me besó la mano y con voz conmovida díjome en quechua: [...] Taita: te creíamos muerto ¿Nos has abandonado? Pero ya nos tranquilizaremos, porque de nuevo apareces como el sol después de la noche oscura. Esta manifestación la hizo en términos tan patéticos, que me conmovió hondamente hasta el punto de nublar mis ojos de lágrimas; los jefes que me acompañaban, tampoco pudieron disimular su emoción. Le abracé con el cariño que siento por esta raza noble e infeliz, que por centenares estaba dando héroes a la patria e hice que descansara y se le atendiese con los alimentos de mi escasa mesa (Cáceres, 1973, p. 246).

Cáceres, el líder militar de la resistencia peruana, se refirió con cariño a los indígenas, viéndolos como héroes de la patria y hombres de noble raza. Sin embargo, es necesario señalar que provenía de una rica familia de hacendados ayacuchanos, quienes se relacionaban con los indios de manera paternalista, “basado en uniones y lealtades sumamente sólidas, que en no pocos casos entrañaban incluso la muerte. Cáceres era muy consciente de ese tipo de vínculo, que conocía muy bien por razones familiares” (Plasencia, 1973, p. 48).

Este hombre de armas, que fue el principal líder en el rechazo y oposición a los chilenos durante los años de la guerra, provenía de la cultura serrana. Provenía de una familia de terratenientes y utilizó los lazos arraigados en la tradición andina de lealtad y protección, establecidos entre las comunidades campesinas y los hacendados, para defender su interés personal, como militar de alto rango, de encabezar el movimiento peruano de resistencia armada contra los chilenos. En definitiva, el mayor beneficiado de esta acción fue el propio Estado peruano, ya que Cáceres, carismático militar, recurrió a una relación paternalista con las comunidades indígenas para articular una reacción y lucha en la montaña contra el ejército invasor. Sin embargo, esta estructura paternalista de las relaciones entre los caudillos militares y los indios y mestizos no fue bien recibida por Manuel González Prada:

En el momento supremo de la lucha, no fuimos contra el enemigo un coloso de bronce, sino una agrupación de limaduras de plomo; no una patria unida y fuerte, sino una serie de individuos atraídos por el interés particular y repelidos entre sí por el espíritu de bandería. Por eso, cuando más oscuro soldado del ejército invasor no tenía en sus labios más nombre que Chile, nosotros, desde el primer general hasta el último recluta, repetíamos el nombre de un caudillo, éramos siervos de la Edad Media que invocábamos al señor feudal. Indios de punas y serranías, mestizos de la costa, todos fuimos ignorantes y siervos; y no vencimos ni podíamos vencer (González Prada, 1977, p. 23).

En 1888, cinco años después del final de la guerra, en un evento destinado a recoger fondos para la recuperación de las ciudades de Tacna y Arica, González Prada pronunció una conferencia que se convirtió en el manifiesto titulado *Discurso en el Politeama*. En ese escrito no mencionó directamente el nombre de Andrés Cáceres, sin embargo, hizo una dura crítica contra la falta de preparación de la clase política que estuvo en el poder durante todo el período republicano y, en 1888, Cáceres era el presidente de la nación.

En su crítica, el intelectual aseveró que, a diferencia de los chilenos que mostraron espíritu patriótico, los indios y mestizos peruanos que se involucraron en la guerra no lo hicieron en aras de la gloria, grandeza y honor del Perú, sino más bien, para defender los intereses particulares de algunos caudillos militares. Al explicar esta práctica, claramente, González Prada criticaba a Cáceres. Esto quiere decir que el autor menosprecia la forma en que se dio el combate y la resistencia en el país, ya que las fuerzas armadas peruanas no lo hacían por amor a la patria, sino por lealtades particulares. Para González Prada, no había en Perú espíritu de unión patriótica. El mensaje del *Discurso en el Politeama* era que había llegado el momento de transformar esta realidad y que era necesario vengarse de los chilenos.

Discurso en el Politeama animó a la nueva generación a alimentar sentimientos de furia, enojo y rencor contra Chile, pues el intelectual creía que ese estado de ánimo sería capaz de revertir las pérdidas territoriales peruanas por otra guerra y hacer del Perú una nación orgullosa y fuerte. Para González Prada, la juventud peruana debe mantenerse firme, enojarse y nunca perdonar ni olvidar las acciones de los chilenos, porque ellos, a juicio del intelectual, arruinaron al Perú: “El puñal está penetrando en nuestras entrañas y ya perdonamos al asesino. Alguien ha talado nuestros campos y quemado nuestras ciudades y mutilado nuestro territorio y asaltado nuestras riquezas y convertido el país entero en ruinas de un cementerio” (González Prada, 1977, p. 26).

Para que el Perú se vengara y recuperara sus antiguos territorios expropiados y anexados al Estado chileno, era necesario, en primer lugar, que los peruanos fortalecieran su sentido de patriotismo y que el pueblo perdiera su “espíritu de servidumbre”, pues, “cuando tengamos pueblo sin espíritu de servidumbre, y militares y políticos a la altura del siglo, recuperaremos Arica y Tacna, y entonces y solo entonces marcharemos sobre Iquique y Tarapacá, daremos el golpe decisivo, primero y ultimo” (González Prada, 1977, p. 24).

Además de ser un discurso antichileno, el escrito de González Prada fue un manifiesto que pretendía incentivar el fortalecimiento de los sentimientos de amor y orgullo de los peruanos por su patria y por su propio pueblo.

¿Por qué desalentarse? Nuestro clima, nuestro suelo ¿son acaso los últimos del universo? En la tierra no hay oro para adquirir las riquezas que debe producir una sola Primavera del Perú. ¿Acaso nuestro cerebro tiene la forma rudimentaria de los cerebros hotentotes, o nuestra carne fue amasada con el barro de Sodoma? Nuestros pueblos de la sierra son hombres amodorrados, no estatuas petrificadas (González Prada, 1977, p. 25).

El mensaje del intelectual era que los peruanos no eran ni peores ni inferiores a ningún otro pueblo del planeta. Además, valoró el clima y las riquezas provenientes del suelo peruano. También promovió una ruptura radical con la tradición criolla y buscó alejarse del legado etnocéntrico que siempre negó la existencia del mundo indígena, abriendo un nuevo horizonte para imaginar el Perú (Portocarrero, 2010, p. 215).

Discurso en el Politeama fue una fuerte declaración pública contra la ignorancia y la servidumbre de la nación. Para González Prada, la razón por la que Perú fue derrotado en la guerra fue porque el país fue embrutecido y debilitado como resultado de los siglos de servilismo y sumisión que los sectores dominantes impusieron a los indígenas, la mayoría de la población peruana. Por lo tanto, mientras los indios fueran tratados como siervos y esclavos en la sociedad peruana, la nación sería eternamente decrepita y raquítica. “Con las muchedumbres libres, aunque indisciplinadas de la Revolución, Francia marchó a la victoria; con los ejércitos de indios disciplinados, y sin libertad, el Perú irá siempre a la derrota. Si del indio hicimos un servo ¿qué patria defenderá?”

(González Prada, 1977, p. 23). Esto significa que los indígenas deben ser sacados de su condición de subalternidad social y sentirse integrados a la nación peruana para defenderla y honrarla cuando sea necesario.

La gran originalidad del *Discurso en el Politeama* fue haber afirmado que la auténtica patria peruana la formaban las multitudes de indígenas. El intelectual criticó que estos elementos, que eran la verdadera esencia nacional, fueran tratados como sirvientes tanto del Gobierno como de la Iglesia Católica. Para González Prada, esta situación hizo que los indígenas vegetaran en un estado de incivilidad, ingenuidad, dependencia y sumisión, sin embargo, había llegado el momento de que la nueva generación comenzara a cambiar el rumbo de la historia del Perú y contribuyera a liberar a los indígenas de los grilletes de la servidumbre:

Hablo, señores, de la libertad para todos, y principalmente para los más desvalidos. No forman el verdadero Perú las agrupaciones de criollos y extranjeros que habitan la faja de tierra situada entre pacífico y los Andes; la nación está formada por las muchedumbres de indios diseminadas en la banda oriental de la cordillera. Trescientos años ha que el indio rastrea en las capas inferiores de la civilización, siendo un híbrido con los vicios del bárbaro y sin las virtudes del europeo: enseñadle siquiera a leer y escribir, y veréis si en un cuarto de siglo se levanta o no a la dignidad de hombre. A vosotros, maestros de escuela, toca galvanizar una raza que se adormece bajo la tiranía del juez de paz, del gobernador y del cura, esa trinidad embrutecedora del indio (González Prada, 1977, p. 24).

A partir de esta cita, podemos señalar algunas preguntas. González Prada afirmó que la instrucción fue una herramienta para sacar a los indígenas de su condición de subordinados, impuestos por los gobernantes y la Iglesia, con el fin de dignificarse. Sin embargo, no podemos dejar de advertir que el modelo educativo para dignificar al indio, concebido por el intelectual, se basó en una matriz occidental, en el sentido dirigido hacia el indígena para instrumentalizar la escritura y lectura del español para desarrollarse y ser parte del mundo civilizado.

En Perú, González Prada fue una de las primeras voces en defender que el indio tenía derecho a recibir una educación. Pero su modelo de instrucción tenía algunas limitaciones, ya que los indígenas enviaban a sus hijos a la escuela criolla. Este modelo educativo ayudaba a los indígenas a aprender el castellano, pero, por otro lado, se olvidaban y no usaban su propia lengua. Esto se debe a que González Prada no cuestionó en qué idioma se impartirían las clases, ni planteó escuelas donde profesores y alumnos se comunicaran a través del quechua, por ejemplo.

El pensador peruano fue un precursor en comenzar a idealizar la construcción de un nuevo Estado-nación, pero su discurso tuvo algunas limitaciones, pues vio a los indios a través de la lupa de su formación intelectual europeizada. En esta perspectiva, coincidió con una visión eurocéntrica de la pedagogía, desconociendo la autoridad de la cultura y las enseñanzas indígenas, ya que, en sus escritos, siempre fue el indio quien fue a la escuela a aprender del hombre blanco, y no al revés. (Ward, 2009, p. 144-148).

El intelectual también denunció la condición de subordinación social de los indígenas en la sociedad peruana. Si bien critica la servidumbre del indio y defiende el cambio del status quo en el Perú, en el *Discurso en el Politeama*, el autor no logra madurar una idea de cómo sacar al indígena de esta situación de subalternidad. Solamente señaló que la educación podría revertir esta situación social, civilizando a los indios e integrándolos a la nación.

En el *Discurso en el Politeama*, el autor reivindicó la identidad nacional de los indígenas, ya que afirmó que la verdadera nación la formaban las multitudes de indios de la cordillera de los Andes. Sin embargo, en este escrito, González Prada no exigió la incorporación de tradiciones, costumbres, sabiduría, la lengua quechua y la religiosidad de los pueblos indígenas. Por eso, creemos que esta cuestión del decir intelectual de que el verdadero Perú era el indígena, debe ser pensada más como un llamado a que los indígenas se integren a la comunidad nacional como ciudadanos educados y con derechos respetados, que una reivindicación por la incorporación de la cultura indígena como rasgo de identidad nacional peruana.

Consideraciones finales

La Guerra del Pacífico fue un conflicto que traumatizó y marcó a la sociedad peruana en su conjunto. Una gama de intelectuales buscó comprender las razones de la derrota de Perú, y el problema del indio siguió a estas discusiones.

Sabemos que el gobierno del Perú, temiendo el furor expansionista de los chilenos, firmó el Tratado de Alianza Defensiva con Bolivia. Sin embargo, fue intrascendente e imprudente aceptar adherirse a un pacto de acuerdo tan serio como el TAD y no planificar y preparar militarmente una eventual guerra. Al decidir involucrarse en el conflicto entre bolivianos y chilenos y comprar una lucha que, en un principio, no era la suya, Perú asumió un enorme riesgo en relación a su soberanía nacional al declarar la guerra precisamente a Chile: el más poderoso militar y económicamente. ubicado en la costa del Pacífico de América del Sur.

Ricardo Palma, un hombre ligado a la élite adinerada peruana, buscaba a los culpables y responsables de la derrota de Perú en el enfrentamiento contra los chilenos. Fue la voz que representó la mentalidad de los sectores gobernantes que necesitaban un chivo expiatorio para justificar el fracaso peruano en la Guerra del Pacífico. Así, era más fácil y conveniente culpar a la población indígena, motivada por prejuicios raciales, que culpar a los hombres al frente del Estado por sus errores en la estrategia militar y por sus errores en materia de política exterior, en el ámbito de la Relaciones diplomáticas entre Perú y Chile.

Por otro lado, para González Prada, Perú no perdió el enfrentamiento con los chilenos por algún tipo de inferioridad innata de los indígenas, sino porque los indígenas eran tratados como sirvientes y subordinados en la sociedad peruana. Por lo tanto, la patria, en la visión pradiana, ya estaba condenada a la derrota de antemano, ya que los hijos de su suelo, abandonados por las élites gobernantes a su propia suerte, no tenían sentimientos de patriotismo y devoción por la nación.

Referencias

- Barbosa, M. R. (2016). A influência das teorias raciais na sociedade brasileira (1870-1930) e a materialização da Lei nº 10.639/03. *Revista Eletrônica de Educação*, Uberlândia, (2), pp. 260-272.
- Bechelli, R. (2005). A Guerra do Pacífico (1879-1883) e o pensamento antirracista de Manuel González Prada. *Proj. História*, São Paulo, (31), pp. 359-374.

- Bonilla, H. (1982). Guano y crisis en el Peru del XIX. En Aranibar, C. (Ed.). *Nueva historia general del Peru: un compendio*. Lima: Mosca Azul Editores, p. 123-135.
- Cáceres, A. (1973). *La guerra del 79: sus campañas. Memorias*. Lima: Carlos Milla Batres.
- Cáceres, Z. A. (1921). *La campaña de La Breña. Memorias del Mariscal del Perú D. Andrés A. Cáceres*. Tomo I. Lima: Imprenta Americana.
- Canaveze, R. (2010). *O Brasil e a Guerra do Pacífico: alianças estratégicas e relações diplomáticas (1879-1883)*. Dissertação (Mestrado em História) – Universidade Estadual Paulista, Assis.
- Carvalho, J. M. (1990). *A formação das almas: o imaginário da República no Brasil*. São Paulo: Companhia das letras.
- Cataneli, P. (2009). *Manuel González Prada (1844-1918): História, debate e pensamento*. Dissertação (Mestrado em História) – Universidade Estadual de Londrina, Londrina, 2009.
- Chang-Rodríguez, E. (1976). El ensayo de Manuel González Prada. *Revista Iberoamericana*, XLII, (95), p. 239-249.
- Contreras, C. y Cueto, M. (2007). *História del Perú contemporáneo*. Lima: IEP.
- Davidson, J. (2011). História, identidade e etnicidade. En Lambert, P. *História: introdução ao ensino e a prática*. Porto Alegre: Penso.
- Fiorino, V. (2015). *Manuel González Prada: un anarquista "sui generes"*. Dissertação (Mestrado em Ciências Políticas) – Universidad Católica de Colombia, Bogotá.
- González Prada, M. (1977). Discurso en el Politeama. En González, Prada, Manuel. *Ensayos escogidos*. Lima: Editorial Universo S.A, pp. 21-27.
- _____. (2009). *Ensayos (1885-1916)*. Lima: Universidad Ricardo Palma. Editorial Universitaria, pp. 319-324.
- _____. (2004). Perú i Chile. En González Prada, M. *Artículos escogidos*. Lima: Populibros – Informática Brasa ediciones, pp. 15-22.
- Heinsfeld, A (2016). O tratado secreto Peru-Bolívia (1873), a tentativa de envolver a Argentina e as relações diplomáticas Brasil-Chile. En *XIII Encontro Estadual de História da ANPUH RS: Ensino, direito e democracia*. Santa Cruz do Sul: UNISC, pp. 1-12.
- Manrique, N. (1981). *Campesinado y nación: Las guerrillas indígenas en la guerra con Chile*. Lima: Centro de investigación y capacitación – Editora Ital Perú S. A.
- Mattieucci, N (2000). Racismo. En Bobbio, N. (org.) *Dicionário de política*. Brasília: Editora Universidade de Brasília, v. 1, p. 1059-1062.
- Palma, R. (1979). *Cartas a Piérola sobre la ocupación chilena de Lima*. Lima: Editorial Milla Batres.
- Plasencia, H. (2005). *Una aproximación política, social y cultural a la figura de Andrés A. Cáceres entre 1882 y 1883*. Dissertação (Mestrado em História) – Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- Portocarrero, G. (2010). El indio como prójimo: González Prada y el nacimiento de la tradición democrática en el Perú. En Ward, T. (2010). *El porvenir nos debe una*

victoria: La insólita modernidad de Manuel González Prada. Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú, pp. 215-228.

Real Academia Española. (2006). *Diccionario esencial de la lengua española*. Madrid: Espasa Calpe.

Sánchez, L. A. (1964). *Don Manuel*. Lima: Populibros peruanos.

Santarosa, F. (2002). *Rivalidade e integração nas relações chileno-peruanas: implicações para a política externa brasileira na América do Sul*. Brasília: Fundação Alexandre de Gusmão.

Schwarcz, L (1993). *O espetáculo das raças: cientistas, instituições e questão racial no Brasil (1870-1930)*. São Paulo: Companhia das Letras.

Vargas Ugarte, R. (1979). Prólogo. En Palma, R. *Cartas a Piérola sobre la ocupación chilena de Lima*. Segunda edición. Lima: Editorial Milla Batres, pp. 9-15.

Ward, T. (2009). *Buscando la nación peruana*. Lima: Editorial Horizonte.